



III.—LA BATALLA—LA MISA

¡Infeliz Badajoz!... Oh sol, detente.
Niega hoy tu luz al turbio Guadiana,
Y en nubes de oro y grana
Quédate reclinado en el Oriente.

No vengan á alumbrar tus resplandores,
De sangre y muerte y exterminio llenas
Sus márgenes amenas:
Cubra noche eternal tantos horrores.

Mas ¡ah! no llega á tí mi voz, y tiendes,
Inmutable siguiendo tu carrera,
El paso por la esfera,
Y sobre Badajoz tu lumbre extiendes.

Mírala arder en espantable guerra,
De la discordia al hórrido alarido,
Y otra vez encendido
El fuego del infierno en esta tierra.

Mira de los incendios el espanto,
Y como el humo en sofocante nube
Hasta tu trono sube,
A ennegrecer tu rutilante manto.

Mira arroyos de sangre en Guadiana
Perderse enrojeciendo sus cristales.
Mira las infernales
Furias triunfando de la raza humana.

¡Maldicion! ¡Maldicion á los primeros
Que rompieron la paz tan santo día,
Y que en batalla impía
Desnudaron los bárbaros aceros!

Si inermes los altivos *Bejaranos*
Por la traidora saña sorprendidos,
Pudieron ser vencidos,
Ya empuñan hierro sus feroces manos.

Y arden en ira y en atroz venganza,
Y vestidos los bélicos arneses,
De los *Portugaleses*
Cébanse sin piedad en la matanza.
Y los *Portugaleses* defendiendo
La presa, que les dió su alevosía,

Sacian la saña impía,
Lago de sangre á Badajoz haciendo.
Cunde voraz la formidable llama,
Las casas y palacios devorando
Del uno y otro bando,
Y por altas techumbres se derrama.
Calles y casas, plazas y jardines,
Campo son horroroso de pelea;
Y la muerte pasea
De la ciudad los últimos confines.
Blasfemias, gritos, voces y lamentos,
Y el crujir de las armas atronante,
Y polvo sofocante
Llenan y enciende los delgados vientos.

No es entre hombres la lucha, es entre fieras,
O más bien entre monstruos del infierno...
¿Y nadie, oh Dios eterno,
Teme el rayo, terror de las esferas?

¿Nadie recuerda, ¡oh ceguedad impía!
El santo aniversario en que rendido
Un pueblo agradecido
Debe ante tí postrarse en este día?...

Alguien lo recordó... Sobrepujando
Una campana del combate horrendo
El tormentoso estruendo,
Al templo está los fieles convocando...

Mas ¡ay! que no la escuchan los feroces,
Y aquella voz del cielo se ahoga y hunde,
Y el rumor la confunde
De ardientes armas y tremendas voces.

Y si el enfermo, el niño y el anciano
Y la doncella tímidos la escuchan,
El terror con que luchan
Torna su afán de obedecerla vano.

Nadie, oh sacro metal, obedecerte
Puede, aunque quiera, en tan infausto día.
¿Quién cruzar osaría
Calles do reinan exterminio y muerte?

Uno solo, obediente á aquel mandato
Y de alta obligacion al santo grito,
Se alza, sale, las calles atraviesa,
Desprecia los peligros.

El santo Sacerdote que aquel día
Celebrar de la iglesia los oficios
Debe en la catedral. Su santo celo
Le da santo heroísmo.

Armas, furias, estragos atraviesa
Incólume, y del cielo protegido
Del sacro templo la cerrada puerta,
Abrese y le da asilo.

En la desierta catedral, en donde
Ni aun ornan el altar lucientes cirios,
Y cuya soledad lo asombra y pasma,
Entra despavorido.

Sólo halla á un jóven sacristan temblando,
Mas que por el combate y exterminio,
Cuyo rumor duplícase en las bóvedas
Del lóbrego edificio,

Porque nadie ha tocado la campana,
Que dió á los fieles el sonoro aviso,
Sonando por sí sola ó compelida
Por impulso divino.

Al saberlo pasmado el Sacerdote
Advierte lo que manda aquel prodigio,
Siente algo en su interior que lo engrandece
Y le da extraño brio.

Y aunque desierto mire iglesia y coro
Y presbiterio, y en aquel recinto
No más viviente que el cuitado jóven
Trémulo y semivivo;

«No quede, exclama, en tan infausto día
Sin culto el templo del Señor bendito,
Y pues tú y yo bastamos, celebremos
El santo sacrificio.

»Que aunque desnudo de aparato y pompa,
Subirá al trono del Señor lo mismo.
Logre hoy del Sacramento la presencia
Este olvidado sitio.»

Se anima el sacristan (á ambos esfuerza
Impulso superior), corre al proviso
Y prepara el altar, al altar sube
El preste revestido.

La misa empieza con fervor devoto,
En la tierra y altar los ojos fijos.
Antes de leer la epístola se vuelve,
Siguiendo el sacro rito,

A decir, *el Señor sea con vosotros*,
Y no encuentra ¡oh pavor! á quien decirlo:
Que están desiertas naves y capillas
Y su ámbito vacío.

Anonádase, tiembla, se confunde,
Y oyendo resonar lejanos gritos
Y el rumor del combate que arde fuera,
En el santo recinto;

Trémulo torna, y á la imágen santa
De nuestro Redentor, hondos gemidos
Lanzando que de el alma le salian,
Entre lágrimas dijo:

«Señor, Señor, piedad... ¿cómo consientes
Que así te ofendan tus feroces hijos;
Y que cuando debieran prosternados
Adorarte sumisos,

»Recordando el favor con que libraste
Esta infeliz ciudad de los impíos,
Se estén cual torvas fieras devorando,
Ofendiéndote inicuos?

»¿Cómo, Señor, permites que tu templo
En tal festividad quede vacío,
Y que tu cuerpo y sangre nadie adore,
Más que tu siervo indigno?»

La epístola leyó, y *el Señor sea*
Con vosotros, tornó á decir, y frio
 Quedó cual mármol, de concurso inmenso
 El templo viendo henchido.

Mas ¡qué concurso! ¡Oh Dios! Concurso he-
 Que ni alienta, ni muévase, ni brillo (lado,
 Muestra en los ojos... Turba de esqueletos...
 Vivientes de otro siglo.

¡Esqueletos!... Envueltos en sudarios
 Los más: algunos con ropajes ricos
 Deslustrados y rotos: muchos visten
 Sayal de San Francisco:

Varios, armas mohosas y abolladas,
 Algunos, los más altos distintivos;
 Y hay de todas edades, sexos, temples,
 Sin orden confundidos.

Abiertas de la iglesia en suelo y muros
 Estaban de sepúlcros y lucillos
 Las losas, el silencio era espantoso,
 Y el ambiente más frio.

Sí.—Los conquistadores denodados,
 Que á Badajoz ganaron para Cristo,

Salieron con los suyos de las tumbas
 A adorar á Dios vivo;

Y á celebrar el santo aniversario,
 Asistiendo del culto á los oficios;
 Ya que sus descendientes infernales
 Los tienen en olvido.

Tiembla el jóven sirviente. El Sacerdote
 Aterrado prosigue el sacrificio.

Consagra, alza, consume, vuelve luego
 Y halla el concurso mismo.

Marchad, la misa concluyó, pronuncia,
 Y al punto desaparece aquel gentío.

Tórnase en nada, y ciérranse las losas
 De tumbas y lucillos.

No tenían que esperar los bienhadados
 La bendicion humana; ya benditos
 Estaban del Señor.—Fuera del templo
 Prosigue el exterminio.

No pudo más el santo Sacerdote,
 Una mision terrible habia cumplido.

Fué á recoger de su fervor el premio,
 Y muerto á tierra vino.

Madrid, mayo de 1854.



TEATRO